

La Comédiathèque



Frutas y verduras

Farsa filosófica

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr

Frutas y verduras

Farsa filosófica

Jean-Pierre Martinez

La fachada de una tienda de comestibles, que también hace las veces de librería, sirve como escenario para deliciosos intercambios entre un tendero filósofo y sus peculiares clientes en busca de respuestas a sus preguntas existenciales.

Una farsa filosófica que combina situaciones rocambolescas con reflexiones sobre la absurdidad del mundo.

Personajes:

Sócrates
Mauricia
Socorro
Ben
Eva
Albano
Carlos
Sánchez
Ramírez

Excepto Albano y Eva, que son respectivamente hombre y mujer, todos los demás personajes pueden ser indistintamente masculinos o femeninos cambiando únicamente sus nombres, sin necesidad de modificar los diálogos.

Los personajes de Carlos y Ramírez pueden ser interpretados por un(a) mismo(a) actor/actriz.

Distribución posible para 9 actores:

1H/8M, 2H/7M, 3H/6M, 4H/5M, 5H/4M, 6H/3M, 7H/2M, 8H/1M

Distribución posible para 8 actores:

1H/7M, 2H/6M, 3H/5M, 4H/4M, 5H/3M, 6H/2M, 7H/1M

La fachada de una tienda, con una puerta de entrada en el centro. A un lado, cajas de frutas y verduras dispuestas en estantes. Al otro lado, cajas con libros al estilo de un librero de viejo. Cerca de la puerta, una balanza. Por ahora, la parte delantera del escenario, que representa una acera, está vacía. Entra Socorro, tirando de un carrito con ruedas. Se detiene frente a las frutas y verduras y empieza a inspeccionarlas. Toma un plátano, lo palpa y, insatisfecha con el resultado, lo vuelve a dejar en su lugar. Entra Mauricia.

Mauricia – ¡No se corte usted!

Socorro – ¿Qué? ¿Qué pasa?

Mauricia – Está usted manoseando ese plátano y lo vuelve a dejar en la caja...

Socorro – ¿Y qué? A mí me gustan los plátanos bien firmes, ¿no tengo derecho?

Mauricia – Admita que no es muy higiénico para los que vienen detrás.

Socorro – ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Mauricia – Si tiene las manos sucias...

Socorro – ¡¿Las manos sucias?! (*Cambiando completamente de tono.*) Justo estaba leyendo el libro...

Mauricia – ¿Qué libro?

Socorro – ¡La obra de teatro! De Jean-Paul Sartre.

Mauricia – Ah, sí... ¿Y qué le pareció?

Socorro – Entre nosotras, no es gran cosa...

Mauricia – Sartre ha envejecido mucho.

Socorro – No se debería dejar que los filósofos escriban obras de teatro.

Mauricia – Si me permite mi opinión, tampoco deberían escribir tratados de filosofía.

Socorro – ¿Acaso Sócrates escribió *El Banquete* o *La República*?

Mauricia – Tanto como Dios escribió el Antiguo Testamento o Jesucristo el Nuevo.

Socorro – Desde Heráclito, no hemos inventado nada nuevo.

Mauricia – Pero lamentablemente, hemos escrito mucho.

Socorro – ¡Demasiado!

Mauricia – Los libros de filosofía son cada vez más gruesos, con un contenido cada vez más pobre.

Socorro – ¡Y cada vez más confusos! Para encender el fuego, todavía sirven, pero para envolver verduras... Las hojas no son lo suficientemente grandes.

Mauricia – Desde los griegos, la filosofía va de mal en peor.

Socorro – Una pila de libros completamente vacíos acumulados durante milenios en nuestras polvorientas bibliotecas...

Mauricia – La filosofía es una construcción precaria.

Socorro – Si lográramos escalar ese castillo de naipes sin caernos, seguramente alcanzaríamos las regiones más altas de la estratosfera.

Mauricia – Por no decir el vacío interestelar.

Socorro – La filosofía es un engaño. No recuerdo quién dijo que somos enanos encaramados sobre los hombros de gigantes...

Mauricia – Bernardo de Chartres.

Socorro – Eso es... Pero eso solo se aplica a las disciplinas científicas, que implican una idea de progreso. Sin embargo, la filosofía no es una ciencia, ¡sino una opinión!

Mauricia – Los filósofos de hoy no son más que enanos encaramados sobre los hombros de todos los enanos que les precedieron.

Socorro – Eso me recuerda a esas pirámides humanas que los catalanes forman en las calles durante sus fiestas folclóricas. Los más grandes están abajo y los más pequeños arriba.

Mauricia – Lamentablemente, las pirámides de enanos son mucho menos estéticas que las pirámides de Egipto.

Socorro – Y mucho menos estables.

Mauricia – Sin mencionar que no todo lo que hacen los catalanes es necesariamente un ejemplo a seguir.

Socorro – Subirse unos encima de otros en plena calle así... Con los más jóvenes trepando sobre los más viejos... Hay que ser catalanes...

Mauricia – Bueno, ¿se lleva ese plátano o no?

Socorro – Mejor me llevo este otro, que está más verde.

Mauricia – A mí los plátanos me gustan bien maduros.

Socorro – Cada quien con su gusto...

Mauricia también empieza a examinar el puesto.

Mauricia – Me voy a llevar un kilo de zanahorias.

Socorro – ¿Es para hacer sopa o zanahorias ralladas?

Mauricia – ¿Le hago yo preguntas a usted?

Socorro – Tiene razón, las preguntas hay que hacérselas a Sócrates...

Mauricia – Es mejor dirigirse a Dios que a sus santos...

Socorro (*llamando*) – ¡Sócrates!

El tendero aparece, saliendo de la tienda.

Sócrates – Señoras... ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Mauricia (*tendiéndole las zanahorias*) – Tome, Sócrates, ¿me puede pesar esto?

Socorro – ¡Vaya, no se corte! Yo estaba aquí antes, ¿no?

Mauricia – Pensé que todavía no había decidido... ¿No quiere palpar un poco más esos plátanos?

Socorro se encoge de hombros y le tiende los plátanos a Sócrates.

Socorro – Aquí tiene... (*Sócrates toma los plátanos y los coloca en la balanza*). También quería hacerle una pregunta...

Sócrates – Adelante...

Socorro – Entonces... Espere, lo tengo anotado en mi lista de la compra... (*Saca un papel arrugado, lo desdobra laboriosamente y lo lee*). Ah, aquí está... ¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Sócrates – Y todo eso por el precio de un kilo de plátanos...

Socorro – ¿Le parece una pregunta tonta?

Sócrates – ¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Socorro – ¿Y bien?

Sócrates – En realidad, la respuesta es muy sencilla.

Mauricia – ¿Me permite que escuche también?

Socorro – Por supuesto...

Sócrates – Cuando una pregunta filosófica no tiene ninguna respuesta, es que la pregunta está mal planteada.

Socorro – Es evidente...

Sócrates – O también que la pregunta ha sido formulada deliberadamente para que no tenga ninguna respuesta posible.

Socorro – Eh... Sí.

Sócrates – Primero, ¿por qué?

Mauricia – ¿Por qué qué?

Sócrates – El “por qué” de la pregunta: «¿Por qué hay algo en lugar de nada?».

Mauricia – Ah, claro...

Socorro – ¡Eh! Le dije que podía escuchar la respuesta de Sócrates, pero él me está hablando a mí, ¿vale? ¡Son mis plátanos, preocúpese de sus cebollas! O de sus zanahorias...

Sócrates – ¿Puedo continuar?

Mauricia – Perdón...

Sócrates – Entonces, el “por qué” en esta pregunta ya plantea un problema. Supone que la existencia del mundo debe necesariamente tener una finalidad, y además una finalidad humanamente concebible porque se confundiría con la propia finalidad de la humanidad.

Mauricia – Lo cual, evidentemente, es un punto de vista muy antropocéntrico.

Sócrates – El hombre no es más que una parte del universo, y es evidente que la parte no puede comprender el todo.

Socorro – Por supuesto...

Sócrates (*tomando una naranja*) – Tome esta naranja, imagine que es la cuna de la humanidad y que nosotros somos sus semillas. ¿De verdad cree que esas semillas podrían entender cómo funciona la tienda?

Socorro – No, obviamente no...

Sócrates – Yo mismo, siendo el dueño, a veces me pregunto cómo funciona esta tienda...

Mauricia – No recuerdo quién decía «La Tierra es azul como una naranja»...

Socorro – ¿Y eso qué tiene que ver? ¡Estamos hablando de las semillas!

Sócrates – Plante esta semilla, se convertirá en un naranjo que producirá más naranjas. Con algunas manipulaciones genéticas o poéticas, siempre podría conseguir naranjas azules. Pero una semilla de naranja nunca producirá un platanero.

Socorro – Y sobre todo: una semilla de naranja nunca abrirá una tienda de frutas y verduras.

Sócrates – Pasemos ahora al “nada” incluido en esta pregunta: ¿Por qué hay algo en lugar de nada?

Socorro – Exactamente.

Sócrates – La nada es algo que no existe, ¿estamos de acuerdo?

Socorro – ¿Cómo no íbamos a estar de acuerdo con eso?

Sócrates – Entonces, preguntarse si la nada podría existir en lugar de algo es una contradicción en los términos.

Mauricia – Lo que los filósofos llaman un sofisma.

Socorro le lanza una mirada fulminante.

Sócrates – En realidad, la nada es un concepto vacío de sentido. Puesto que la nada no existe, ¿por qué hablar de ella como una posible alternativa a algo?

Socorro – Es evidente...

Sócrates – La nada es una ilusión inventada por aquellos que, como los defensores de todas las religiones monoteístas, quieren hacernos tragar el mito de la creación.

Socorro – Un mito que implica la idea de un comienzo antes del cual no había nada.

Sócrates – Una idea que, admitámoslo, es de una ingenuidad sorprendente.

Mauricia – ¿Por qué lo dice?

Sócrates – Pues porque es evidente que si algo existe, ese algo siempre ha existido de una forma u otra.

Socorro – Como dijo Lavoisier: «Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma».

Sócrates – Sabe que mi principio es no hacer nunca citas...

Mauricia – Como Sócrates.

Socorro – ¿A quién podría citar Sócrates?

Mauricia – A los presocráticos...

Socorro – ¿Y los presocráticos?

Mauricia – A nadie.

Socorro – Y sin embargo, no decían solo tonterías.

Sócrates – En cuanto a la noción de comienzo, ha sido inventada por el hombre para intentar poner el universo en conformidad con su propia visión antropocéntrica del mundo.

Socorro – Entiendo: puesto que el hombre nace y muere, debería ser lo mismo para el universo.

Sócrates – ¡Y por qué no, además! Siempre que se postule que no hay nacimientos, solo renacimientos, y no hay muertes, solo remordimientos.

Mauricia – Que el tiempo no es lineal sino circular, que el big bang es un movimiento perpetuo, y el universo, un motor de explosión.

Sócrates – ¿Por qué, entre dos hipótesis, elegir sistemáticamente la menos probable, solo porque se ajusta mejor a las limitaciones de nuestra estrecha mentalidad mitológica?

Socorro – Para luego sorprendernos de que las preguntas que genera esa improbable hipótesis solo puedan permanecer sin respuesta...

Sócrates – A menos que se inventen otras mitologías para explicar esos misterios, y así sucesivamente. Esa larga deriva del pensamiento que llamamos religiones.

Mauricia – Algunas filosofías orientales, al menos, al prescindir de la trascendencia, han logrado evitar ese escollo... ¿Es usted hindú?

Sócrates – Podría serlo si el hinduismo no hubiera conseguido también inventar, pese a todo, ese terrible sistema de opresión que es el de las castas.

Socorro – Otra forma de justificar los privilegios de los amos, haciendo creer a sus esclavos que en otra vida, en lugar de ser la herida, serán el cuchillo. Para citar a Baudelaire...

Mauricia – Cuando se trata de consolidar su dominio sobre las masas, las religiones nunca carecen de imaginación.

Socorro – Por desgracia, tanto en la religión como en la filosofía, tras los precursores a veces sinceros, se pasa sin transición a la decadencia y la recuperación.

Mauricia – Y luego, las religiones no pueden evitar caer en el folclore para atraer a los clientes.

Socorro – Sin mencionar que siempre engendran un arte kitsch de un gusto pésimo.

Mauricia – Personalmente, para mí, entre la Capilla Sixtina y la Cueva de Lascaux, no hay color...

Socorro – El catolicismo romano es a Jesucristo lo que el estalinismo burocrático es a Karl Marx.

Mauricia – Y el Vaticano es su Kremlin.

Sócrates – Algunos hombres siempre han encontrado ventajas en plantear preguntas sin respuesta...

Mauricia – A propósito, quería preguntarle si...

Socorro – Cuando sea su turno, ¿de acuerdo?

Sócrates – Terminemos con el último elemento de esta pregunta: ¿por qué hay algo en lugar de nada? *Algo*. Es todo lo que queda cuando eliminamos todos los elementos parásitos contenidos en esta interrogación, que, por lo tanto, se convierte en una afirmación. *Algo*: eso es todo lo que se puede decir.

Socorro – Pero, ¿es realmente necesario decirlo?

Mauricia – Esto me recuerda la historia de Fernand Raynaud, un humorista francés, sobre ese eslogan publicitario: «Aquí se venden naranjas bonitas y baratas». Una vez eliminado todo lo tautológico de este argumento de venta, solo queda la evidencia de las naranjas.

Sócrates – Fernand Raynaud fue el mayor filósofo de todos los tiempos...

Mauricia – Así que, al final, volvemos a la frase de Descartes: *Pienso, luego existo*.

Sócrates – Esa también es una frase tautológica cargada de un gran egocentrismo. ¿Y por qué no *pienso, luego pienso*? No somos nosotros quienes pensamos. Es el mundo el que se piensa a través de nosotros. Y parece que el mundo también piensa de forma errónea, con frecuencia...

Un momento de pausa durante el cual las dos mujeres reflexionan sobre la profundidad de todo lo que se ha dicho.

Socorro – Es increíble que se llame Sócrates... Es un nombre predestinado, ¿no?

Sócrates – No es mi nombre. Es mi apellido.

Mauricia – Un apellido portugués, ¿verdad?

Sócrates – ¿He respondido a su pregunta?

Socorro – Absolutamente, Sócrates.

Volviendo a las bananas de Socorro en la balanza.

Sócrates – Un kilo... (*Toma un libro de una caja y lo coloca sobre la balanza.*) Y un libro más para completar el peso.

Socorro – ¿Qué es?

Sócrates – *El discurso del método.* Es tan tonto que resulta casi divertido. ¿Siguiente pregunta?

Mauricia – Ahora, no sé si...

Sócrates – Adelante, veamos...

Mauricia – Pues... Me... Me lanzo... ¿Dios existe?

Sócrates y Socorro le lanzan una mirada de pena.

Sócrates – Creía haber respondido ya a esa pregunta...

Mauricia (*avergonzada*) – Sí, eso pensaba yo también, pero... (*A Socorro*) ¡Si no hubieras hecho su pregunta antes que la mía! Así es fácil dejarme como una idiota...

Sócrates – Vamos, vamos, responderé a su pregunta de todos modos.

Mauricia – Gracias...

Mauricia lanza una mirada de reproche a Socorro.

Sócrates – ¿Dios existe? Según quién lo pregunte, es una cuestión de extrema estupidez o de gran perversidad.

Mauricia – No estoy segura de seguirle...

Sócrates – Preguntarse si Dios existe supone haber definido previamente qué es Dios. ¿Cómo preguntarse si algo existe cuando no sabemos qué es? Ahora bien, le desafío a que me de una definición de Dios que no sea *Dios es Dios*.

Embarazo de Mauricio y mirada irónica de Socorro.

Mauricia – Bueno, ya está bien...

Sócrates – Si Dios se considera un concepto que ningún otro concepto puede definir, lo único que se puede preguntar sobre Dios es si existe o no. Pero preguntarse si Dios existe también es la única manera de hacer que este concepto exista de forma hipotética. ¿Me sigue ahora?

Mauricia – Estoy intentándolo...

Sócrates – ¿Existen los unicornios? ¡Responde!

Mauricia – ¿Los unicornios? Pues... No, obviamente.

Sócrates – Y a pesar de eso, preguntarse si los unicornios existen ya les otorga una existencia virtual. A partir de ahí, se pueden contar historias fantásticas sobre unicornios, escribir libros infantiles e incluso pintar cuadros expuestos en museos. ¿Has visto alguna vez cuadros de dinosaurios en el Louvre?

Mauricia – Pues no.

Sócrates – Y sin embargo, los dinosaurios sí existieron de verdad. Para los humanos, una fábula reciente suele tener más realidad que una lejana verdad.

Socorro – Entonces Dios existe en el imaginario del hombre que lo creó, tanto como los unicornios.

Sócrates – Cuestión de saber si Dios existe equivale a preguntarse si necesitamos esta hipótesis para entender el mundo tal como nuestros pobres medios intelectuales nos permiten comprenderlo.

Mauricia – ¿Y?

Sócrates – Ahí es donde ya he respondido a esta pregunta.

Socorro – La idea de Dios solo es necesaria si se adhiere a esta improbable hipótesis de un tiempo lineal, que supone un principio y una creación del mundo por una causa primera y para un fin último.

Mauricia – Así que Dios no existe y Pascal perdió su apuesta...

Sócrates – Fue una apuesta absurda...

Socorro – Un tiempo circular... Entonces, la creación del mundo es un poco como el problema del huevo y la gallina.

Sócrates – ¿Se lleva estas zanahorias o no?

Socorro – Sí, claro...

Sócrates pesa las zanahorias.

Sócrates – Un kilo... (*Toma otro libro de una caja y lo coloca en la balanza.*) Y un libro más para completar el peso.

Mauricia – ¿Qué es? ¿Los pensamientos de Pascal?

Sócrates – Es un libro de cocina. Le será mucho más útil para saber cómo preparar estas zanahorias, créame...

Socorro le entrega unas monedas. Sócrates las toma.

Sócrates – Señoras...

Sócrates entra en su tienda, dejando a las dos mujeres sin palabras.

Mauricia – ¡Qué hombre!

Socorro – Se puede decir que ha elevado el comercio de frutas y verduras al rango de una mayéutica.

Mauricia – Bueno, voy a hacer mi sopa.

Socorro – Por cierto, no sé dónde he dejado a mi perro... ¿No lo habrá visto por casualidad?

Mauricia – Ni siquiera sabía que tenía un perro...

Socorro – ¡Dios!

Mauricia – ¿Su perro se llama Dios?

Socorro – Al menos de él estoy segura que existe. Y cuando lo llamo, viene.

Mauricia – La prueba...

Socorro – ¡Dios! Ven aquí, mi perro.

Mauricia – Solo la fe salva...

Socorro – ¿Dónde se habrá metido este chuchó? ¡Te voy a llevar a la perrera, ya verás, no tardaré mucho!

Mauricia – Bueno, me voy... Hasta luego.

Mauricia se va. Socorro también se aleja, llamando a su perro.

Socorro – ¡Vamos, ven aquí! ¡No voy a ponerme de rodillas! ¡Dios! ¡Ya verás la tunda que te daré cuando te atrape!

Llega Ben, con pinta de maleante y alerta. Lleva un gorro. Después de mirar a derecha e izquierda, se baja el gorro, que resulta ser una pasamontañas, saca de su bolsillo un revólver y entra en la tienda. Durante unos instantes no pasa nada. Se escucha un perro ladrar, el chirrido de unos neumáticos y luego nada. Ben sale, con aire apesadumbrado, ya sin la pasamontañas, seguido de Sócrates, que sostiene el revólver por el cañón.

Sócrates – Bueno, por una vez me permitiré una cita, joven amigo. ¿Conoces el proverbio: quien roba un huevo roba un buey?

Ben – Mi maestro nos lo repetía a menudo en la escuela durante las lecciones de moral.

Sócrates – Evidentemente, no aprendiste bien la lección...

Ben – Lo siento mucho, señor.

Sócrates – Y según tú, ¿qué significa este proverbio?

Ben – No sé... Que solo el primer paso cuesta. Se empieza robando un huevo y luego se roba el buey entero...

Sócrates – ¿Y entonces?

Ben – Entonces, es mejor no robar nunca nada, ni siquiera un huevo...

Sócrates – Esa es, probablemente, la interpretación que te daba tu maestro.

Ben – ¿No significa eso?

Sócrates – Puede verse así, sí... Pero también puede significar lo contrario.

Ben – ¿Lo contrario?

Sócrates – Quien roba un huevo roba un buey también puede significar que robar un huevo es lo mismo que robar un buey, ¿no? Que es igual de grave.

Ben – Eh... Sí...

Sócrates – Después de la escuela, estoy seguro de que ibas al catecismo, ¿me equivoco?

Ben – Incluso fui monaguillo... De hecho, fue ahí donde empecé a robar vino de misa...

Sócrates – ¿Y qué dicen las Tablas de la Ley sobre el robo?

Ben – No robarás... Creo recordar que es la Séptima Enmienda...

Sócrates – El Séptimo Mandamiento, más bien. La Séptima Enmienda, en la Constitución estadounidense, es el derecho a un juicio justo. Pero viene a ser lo mismo, más o menos.

Ben – Un juicio justo...

Sócrates – Sea como sea, la Biblia no dice «no robarás un huevo y mucho menos un buey». La Biblia no entra en el comercio al por menor. Robes un huevo o un buey, es lo mismo, sin importar el tamaño del buey. Es un pecado mortal y punto, ¿verdad, muchacho?

Ben – Sí, señor...

Sócrates – Y desde el punto de vista del código penal, es igual. Un robo es un robo. La sanción es exactamente la misma, sea cual sea el valor del botín, ¿no?

Ben – Supongo...

Sócrates – Si es un robo a mano armada, vas a juicio en la Audiencia. Y en caso de reincidencia, es cadena perpetua...

Ben – Ah, bueno, eso es mucho...

Sócrates – ¿Crees que es muy inteligente arriesgarte a cadena perpetua por los pocos euros que podrías haber encontrado en mi caja registradora?

Ben – No, no mucho...

Sócrates – Bien... Empiezas a volverte razonable... ¿Ves el banco que está ahí enfrente?

Ben – Sí, señor...

Sócrates – Ya que te arriesgas a pasar el resto de tu vida en la cárcel, ¿no crees que sería mejor salir con el contenido de su caja fuerte?

Ben – Sí, claro...

Sócrates – ¡Un poco de ambición, por Dios! ¡Piensa en grande, muchacho! Pero cuidado, sin violencia innecesaria. Porque para el Quinto Mandamiento, es lo mismo. No matarás, y no especifica que saldrá más barato si el tipo que mataste no era muy recomendable y nadie lo echará de menos...

Ben – Lo entiendo, señor, se lo juro...

Sócrates guarda el arma en su bolsillo.

Sócrates – De acuerdo, me quedo con tu revólver por ahora...

Ben – ¿Puedo irme entonces? ¿No llamará a la policía?

Sócrates – Vete, muchacho. Y recuerda: quien roba un huevo roba un buey. Así que mejor roba directamente un buey.

Ben – ¿Un buey...?

Sócrates – Una gallina, si prefieres empezar poco a poco. Al menos tendrás huevos todas las mañanas sin arriesgarte a ir a prisión todos los días.

Ben – ¿Una gallina, de verdad?

Sócrates – ¿Por qué crees que siempre se habla de ladrones de gallinas y no de ladrones de huevos?

Ben – No lo sé, señor...

Sócrates – Seguro que así empezó el capitalismo. ¿Lo entiendes? Un tipo robó una gallina y se puso a vender huevos.

Ben – ¿Dónde se puede robar una gallina?

Sócrates – Tienes razón, cada vez es más difícil encontrar gallinas, sobre todo en la ciudad. Así que, como pareces un tanto despistado, mejor atraca a un banco...

Ben – Gracias, señor.

Sócrates toma un puerro de su estante y se lo entrega a Ben.

Sócrates – Toma esto. Puede servirte...

Ben – Gracias...

Sócrates – Y no lo olvides: ¡la propiedad es un robo!

Ben – Sí, señor...

Sócrates – Ve en paz, hijo mío... (*Sócrates lo bendice con una señal de la cruz y Ben se marcha bastante confundido*). Estos jóvenes... Uno se pregunta qué les enseñan en la escuela...

Sócrates vuelve a su tienda. Entra Eva. Se detiene frente a las cajas de libros y los examina. Entra Carlos, con un plano en la mano, luciendo perdido.

Carlos (a Eva) – Disculpe, busco el callejón del Progreso... Creo que no está muy lejos de aquí, pero...

Eva – ¿El callejón del Progreso? Me suena de algo, pero no estoy muy segura...

Carlos – Según mi mapa, hay que seguir la avenida Lenin, continuar por la calle Karl Marx hasta la avenida Luxemburgo. El callejón del Progreso debería estar junto a la plaza de la Amistad entre los Pueblos...

Eva – Uff... Pero, ¡pobre hombre, está usted completamente perdido! ¿De qué año es su mapa?

Carlos – No lo sé... Pero en el centro de la ciudad, las calles no cambian mucho, ¿no?

Eva – Las calles, no... A ver... (Toma el mapa y lo examina.) ¡1955! ¿Se da cuenta?

Carlos – ¿Qué?

Eva – ¡Desde 1955 cayó el Muro de Berlín! El ayuntamiento cambió de rumbo, y las calles cambiaron de nombre.

Carlos – ¿Y entonces?

Eva – Entonces debe tomar la avenida Juan Pablo II, continuar por la calle Karl Lagerfeld hasta la avenida Donald Trump. El callejón del Progreso está junto a la plaza de la Revolución Digital.

Carlos – Al menos el callejón del Progreso no ha cambiado de nombre.

Eva – ¿A dónde va exactamente?

Carlos – Al Centro Nacional de Investigación Científica.

Eva – ¿En el callejón del Progreso? ¡Ah, eso ya no existe!

Carlos – ¿Ya no existe?

Eva – Ahora es la Iglesia de la Cienciología.

Carlos – No, ¿en serio?

Eva – El Centro Nacional de Investigación Científica se mudó. Ahora están en el paseo Nostradamus.

Carlos – ¿Y dónde queda eso?

Eva – Siga recto, tome la primera a la izquierda y verá el cementerio. Está justo enfrente.

Carlos – Bueno, muchas gracias entonces.

Eva – No hay de qué...

Carlos se marcha. Eva vuelve a examinar los libros. Sócrates sale de su tienda.

Sócrates – ¿Busca algo en particular?

Eva – No, solo estoy mirando...

Sócrates – Tómese su tiempo... Pero le aconsejo más los productos frescos, están de temporada. Aquí, salvo excepciones, solo encontrará ideas rancias... ¿Le puedo ofrecer una manzana?

Toma una manzana de un estante y se la tiende a Eva.

Eva – Gracias... (*Muerde la manzana y sigue examinando los libros durante un momento.*) En realidad, sí... Llevo años buscando un libro... Pero sería un milagro que lo tuviera.

Sócrates – Los milagros son mi especialidad.

Eva – Es un libro que ya no se edita. Siempre echo un vistazo por si acaso en todos los librerías de viejo que me encuentro. Pero se vendieron tan pocos ejemplares...

Sócrates – Dígame de qué se trata.

Eva – Es un poemario titulado *Rimas Huérfanas*.

Sócrates – *Rimas Huérfanas*...

Eva – Una rima huérfana es una rima que no encuentra correspondencia con ninguna otra... Pero supongo que ya lo sabía...

Sócrates – Sí.

Eva – Es un pequeño libro publicado por cuenta propia hace bastante tiempo...

Sócrates – No hay libros pequeños, solo autores pequeños... ¿Las Ediciones Confidenciales, verdad?

Eva – ¿Conoce ese libro?

Sócrates – Lo tuve en mis manos hace poco, de hecho. Incluso lo hojeé...

Eva – ¿Y todavía lo tiene?

Sócrates – Lamentablemente, lo intercambié la semana pasada por un kilo de calabacines. Hay que pagar a los proveedores, ya sabe...

Eva – Qué mala suerte... ¿Y recuerda a quién se lo vendió?

Sócrates – Como las prostitutas, tengo algunos clientes habituales, pero ese fue un ocasional. No lo he vuelto a ver desde entonces...

Eva – ¿Puedo dejarle mi número de teléfono, por si acaso?

Sócrates – A veces mis lectores me devuelven los libros después de leerlos, porque ya no tienen nada que llevarse a la boca...

Eva le tiende su tarjeta de visita, que él toma.

Eva – ¿Y cómo funciona en esos casos?

Sócrates – Les vuelvo a aceptar el libro a cambio de un kilo de productos frescos.

Eva – Es usted un tendero peculiar...

Sócrates – Trueco, vendo, compro... Eso es lo que llamamos el pequeño comercio... Un kilo de zanahorias por un libro de bolsillo. Puede llegar hasta un kilo de judías verdes por un libro encuadernado en cuero. O incluso trufas por una edición con bordes dorados.

Eva – El libro que busco estaba impreso en papel reciclado...

Sócrates – También depende del contenido, claro... El papel puede ser reciclado, siempre y cuando las ideas impresas en él no lo sean también.

Eva – Entonces, un kilo de calabacines por *Rimas Huérfanas*.

Sócrates – En realidad, depende de la cara del cliente... Supongo que ese me pareció simpático. A veces incluso regalo mis productos o me niego a venderlos, ya sabe. Además, no todo lo raro es caro. Si no hay demanda, como en el caso de la poesía... ¿Ha leído a Adam Smith?

Eva – No...

Sócrates – Es un economista escocés... Para la economía, los escoceses y los catalanes no tienen rival... (*Al notar que Eva está distraída*) De acuerdo, si vuelvo a ver a ese señor, la llamaré.

Eva – Gracias... ¿Y dice que hojeó el libro?

Sócrates – Leí algunos poemas... Recuerdo uno en particular:

*"La amapola sueña al borde del camino,
fuera del campo,
donde ninguna cosecha la espera.
Imperfecta como un esbozo de flor,
ya está cubierta del polvo del mundo,
como de una harina.
Su fruto no es buen pan blanco,
sino un croissant de luna."*

Eva – ¡Bravo! Qué memoria... Entonces, ¿le gustó esta amapola? Bueno, no lo suficiente como para resistirse a la tentación de cambiarla por un kilo de calabacines, pero...

Sócrates – Me pareció sincero, en cualquier caso... Lo mínimo que se le puede pedir a un libro es sinceridad. Lamentablemente, la mayoría de los libros que se editan hoy en día parecen haber sido preparados siguiendo una receta de cocina literaria.

Eva – Bueno, no le molesto más...

Sócrates – Eso es lo que se dice generalmente cuando uno empieza a aburrirse.

Eva – Espero que hasta pronto...

Eva está a punto de marcharse. Sócrates toma algo de una caja.

Sócrates – Tome... Un ramo de perejil... Es un regalo de la casa...

Eva – Gracias, hace mucho tiempo que un hombre no me regalaba un ramo...

Se va. Entra Ben corriendo, con aire de pánico, claramente perseguido. Sócrates comprende la situación sin necesidad de palabras.

Sócrates – Parece que tu retiro en el banco no salió como esperabas... (*Ben lo mira desesperado.*) Al fondo de la tienda, rápido.

Ben se precipita al interior. Entran el comisario Sánchez y su ayudante Ramírez.

Sócrates – Buenos días, comisario, ¿qué lo trae por aquí?

Sánchez – Lo de siempre, amigo mío... Un robo en la Caja de Ahorros.

Sócrates – Estoy seguro de que entre los dos atraparán al culpable en un abrir y cerrar de ojos.

Sánchez – Justamente estamos buscándolo, ¿no lo habrá visto pasar por casualidad?

Sócrates – Depende... ¿Cómo es?

Sánchez se gira hacia Ramírez.

Ramírez – Llevaba una pasamontañas, jefe.

Sócrates – No he visto pasar a nadie con pasamontañas... ¿Hay heridos?

Sánchez – ¡Qué va! Un aficionado. Salió corriendo y abandonó su arma en el lugar.

Ramírez – Creíamos que escondía una escopeta recortada bajo el abrigo, pero resultó ser... un puerro.

Sócrates – ¿Un puerro?

Sánchez – No será de los suyos, ¿verdad?

Sócrates – Ya sabe que vendo muchos puerros. ¿De qué calibre era?

Sánchez toma un puerro de una caja y lo muestra.

Sánchez – Algo así.

Sócrates – Ah, sí, puede hacer daño... (*Al notar que Ramírez se fija en las cajas de libros*) ¿Le interesa algún libro para despejar la mente?

Ramírez – ¿Tiene novelas policiacas?

Sánchez le lanza una mirada de desaprobación.

Sánchez – No tenemos tiempo, estamos de servicio.

Sócrates – El ladrón del puerro... Podría ser un buen título para una novela negra, ¿no?

Sánchez – Entonces, ¿no ha visto nada?

Sócrates – Si yo fuera ustedes, iría hacia el cementerio. Hace un rato vi a un tipo raro corriendo en esa dirección.

Ramírez – Y nos lo dice ahora...

Sócrates – Pensé que estaba haciendo ejercicio. Pero ahora que lo mencionan, parecía que corría muy rápido.

Sánchez – Gracias de todos modos.

Sánchez y Ramírez se marchan hacia el cementerio. Sócrates entra en la tienda y regresa momentos después. Mira a derecha e izquierda antes de hacerle un gesto a Ben para que salga. Le indica la dirección opuesta a la que tomó el comisario.

Sócrates – Mejor vete por ahí si quieres evitar problemas.

Ben – Gracias.

Sócrates – Un consejo: abandona tu carrera como ladrón, incluso como ladrón de gallinas. No parece que tengas talento para este noble oficio...

Ben – Se lo prometo.

Sócrates – No te estoy diciendo que trabajes, eso sería excesivo, pero... no sé...

Ben mira los libros.

Ben – Quizás debería instruirme un poco...

Sócrates – Sinceramente, te desaconsejo la lectura... A tu edad, si empiezas ahora, podría matarte...

Ben – Mejor me voy antes de que regresen los polis.

Sócrates – ¿Seguro que no olvidas nada?

Ben, con cierta vergüenza, saca tres paquetes de galletas de los bolsillos.

Ben – Lo siento, un reflejo...

Sócrates recupera los paquetes de galletas y le da una fruta a Ben.

Sócrates – Toma una pera. Sabes que para mantenerte sano tienes que comer cinco frutas y verduras al día. Con el puerro, ya llevas dos. Anda, lárgate...

Ben se marcha. Sócrates vuelve a la tienda para devolver las galletas a su lugar. Entra Albán y empieza a mirar los libros. Eva pasa de nuevo y se detiene a observar los productos frescos. Albán la ve y parece cautivado por su encanto.

Albán – Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta?

Eva (desconfiada) – Sí...

Albán – Tengo la impresión de haberla visto antes en algún sitio.

Eva – ¿Eso es lo mejor que se le ocurre?

Albán – ¿Para qué?

Eva – ¡Para ligar conmigo!

Albán – Pero no estoy ligando... Bueno, sí, pero... No quita que tenga la impresión de haberla visto antes. ¿No son compatibles ambas cosas? ¿Por qué no se podría ligar con alguien que uno cree haber visto antes?

Eva (*preparándose para irse*) – En cualquier caso, yo no lo conozco, así que si me permite...

Albán – ¡Espere un momento! Tengo otra pregunta que hacerle...

Eva – La última entonces... Le advierto, es su comodín. Lo escucho...

Albán – Es que... Lo dije solo para retenerla y ganar algo de tiempo... Tengo tanto miedo de no volver a verla nunca... Pero no se me ocurre nada ahora mismo... Si me da unos segundos más, seguramente encontraré algo que preguntarle...

Eva – Para entonces ya me habré ido.

Albán – O... ¿Por qué no me da su dirección y le haré la pregunta por escrito cuando se me ocurra? Usted solo tendrá que enviarme la respuesta por correo...

Eva – ¡Bravo! Es la primera vez que un desconocido me propone una relación epistolar.

Comienza a irse.

Albán – ¡No! Ya lo tengo. (*Se gira hacia los vegetales*) Quería preguntarle cómo se hace un gratinado de patatas.

Eva – ¿Un gratinado de patatas?

Albán – ¿Por qué no? El gratinado de patatas es muy rico... No es muy ligero, de acuerdo, pero está delicioso...

Eva – Así que, solo porque soy mujer, ¿lo primero que se le ocurre preguntarme es la receta de un gratinado de patatas? ¡Es usted un machista horrible!

Albán – Ahora está siendo injusta... No fue lo primero que se me ocurrió, pero usted se negó a responder a mi primera pregunta...

Eva – Que, si me acuerdo bien, fue: *¿no nos habremos visto antes en algún lugar?* ¿De verdad a veces consigues algo con una técnica de ligue tan mala?

Albán – Rara vez, la verdad, pero es mi estilo. ¿Qué le vamos a hacer? Uno no puede cambiar...

Eva – *El estilo es el hombre mismo.* Estoy de acuerdo. Por eso te digo adiós...

Albán – Al menos dime tu nombre...

Eva – Eva...

Albán – Yo soy Albán. Y no te digo adiós porque estoy seguro de que estamos hechos el uno para el otro. Lo que implica, claro, que nos volveremos a ver muy pronto...

Eva – ¿Y qué te hace estar tan confiado?

Albán – ¡Albán y Eva! Es una señal, ¿no?

Eva – Tonterías...

Albán – Eva... Suspiraré tu nombre por las noches, mientras me duermo solo en mi cama. (*Eva se va, ocultando una sonrisa divertida.*) ¡Te vi! ¡Sonreíste!

Eva (*fuera de escena*) – En tus sueños.

Sócrates sale de la tienda con un paquete de galletas en la mano.

Sócrates – ¿Quieres una galleta?

Albán – No, gracias, evito picar entre comidas.

Sócrates – Yo también, pero como me encanta picar, decidí eliminar las comidas. ¿No nos hemos visto antes?

Albán – La última persona a la que le hice esa pregunta dijo que intentaba ligar con ella.

Sócrates – Tranquilo, no eres mi tipo...

Albán – Te compré un libro hace un tiempo.

Sócrates – *Rimas Huérfanas.*

Albán – Ese mismo.

Sócrates – Lo leíste, no te gustó, y vienes a devolvérmelo...

Albán – Para nada. Me gustó mucho, de hecho. Se ha convertido en mi libro de cabecera:

*"Nuestros ojos, mitades de naranja exprimida,
se deslizan hacia el hueco de la ausencia.
Brillan por un momento, sorprendidos
por la inminencia de la partida."*

Sócrates – Las naranjas siempre han inspirado mucho a los poetas...

Albán – En realidad, quería saber si tenías algo más del mismo autor.

Sócrates – Creo que es su único libro, pero quién sabe, puede que haya un segundo. Mientras un autor no esté muerto, nunca se sabe si volverá a reincidir. Entonces, ¿aún lo tienes?

Albán – Claro, ¿por qué?

Sócrates – Una mujer estuvo aquí antes. Lo estaba buscando.

Albán – Es curioso, no es un libro muy conocido. Yo nunca había oído hablar de él antes de hojearlo aquí. Busqué en Google para saber más sobre el autor, pero no encontré nada.

Sócrates – Andy Warhol decía que todos tenían derecho a sus quince minutos de fama. Hoy en día, el anonimato absoluto se ha convertido en un privilegio reservado a unos pocos... ¿Estarías dispuesto a vendérmelo de nuevo?

Albán – Eres un librero curioso...

Sócrates – Eso dicen. Y como frutero, ni te cuento... Te doy un kilo de tomates. Si no recuerdo mal, te lo vendí por una libra de calabacines.

Albán – No debes tener muchos beneficios.

Sócrates – Para los entendidos, también vendo algunas setas que te hacen ver la vida con otros colores. Están en la trastienda... Si te interesa... Claro que son un poco más caras, pero te aseguro que valen la pena...

Albán – Lo siento, prefiero las setas en tortilla... No pensaba deshacerme de este libro, pero si esa mujer lo quiere tanto... Podría quedarme una fotocopia y darle el original.

Sócrates – Muy bien, la llamaré. ¿Cuándo puedes pasarte?

Albán – Lo traeré a última hora de la mañana. (*Examina los productos frescos.*) ¿Están buenas tus tomates?

Sócrates – Es la temporada.

Albán – ¿Y los melones? ¿Son realmente de la región? Como dice el cartel...

Sócrates – Sí... Aunque no recuerdo muy bien de qué región exactamente. De una región de Marruecos, creo.

Albán – Me llevaré un melón, entonces. ¿Me guardas uno?

Sócrates – No hay problema. (*Albán se marcha. Sócrates toma un libro y se lo tiende.*) Toma, aquí seguramente encontrarás la receta del gratinado de patatas...

Albán sonríe, toma el libro y se va. Sócrates saca su móvil y entra en la tienda mientras marca un número. Regresan Sánchez y Ramírez, este último cargando una bolsa de basura al hombro.

Ramírez – ¡Bravo, Comisario! Otra misión resuelta rápidamente...

Sánchez – ¿Estás seguro de que está todo ahí?

Ramírez – Bueno... Eso lo dirá el forense cuando logre juntar las piezas... ¿Se da cuenta? Si las amas de casa empiezan a asaltar las Cajas de Ahorros, ¿adónde vamos a llegar?

Sánchez mira hacia la tienda.

Sánchez – ¿Sabías que esta tienda de comestibles árabe la lleva un portugués?

Ramírez – Pues no...

Sánchez – Nuestro trabajo es saberlo todo, Ramírez. Todo inocente es un culpable que aún no lo sabe...

Ramírez (*mirando también la tienda*) – Tiene razón, jefe... Eso también es sospechoso...

Sánchez y Ramírez se marchan. Sócrates sale de la tienda, con el móvil en la mano.

Sócrates – Muy bien, la espero más tarde...

Guarda su móvil. Entra Mauricia.

Mauricia – ¿No está al tanto?

Sócrates – Depende... ¿De qué?

Mauricia – ¡De Socorro!

Sócrates – ¿Socorro?

Mauricia – ¡La mujer a la que le vendió *El discurso del método* hace un rato!

Sócrates – No sabía que se llamaba Socorro, si lo hubiera sabido, ni siquiera le habría vendido los plátanos...

Mauricia – ¿Y eso por qué?

Sócrates – Tengo por principio no hacer negocios con ninguna Socorro... Pero bueno, el daño ya está hecho. Y entonces, ¿Descartes no le gustó?

Mauricia – ¡Está muerta!

Sócrates – ¿No de aburrimiento, espero? Me sentiría un poco responsable...

Mauricia – ¡La atropelló una máquina quitanieves!

Sócrates – ¿Una máquina quitanieves? ¡Estamos en agosto!

Mauricia – Según me dijeron, la llevaban al taller municipal para repararla...

Sócrates – Qué cosas tiene el destino...

Mauricia – Créame, no fue una escena agradable. Si no hubiera visto que tenía ese libro en la mano, nunca habría sabido que era ella. Fui yo quien identificó el cuerpo... Bueno, cuando digo cuerpo...

Entra Socorro.

Socorro – ¡Vaya caras tienen! ¿Es que acaban de ver a un muerto?

Los otros dos quedan estupefactos.

Sócrates – Cuando digo que la vida es un eterno retorno...

Mauricia – Pero, ¿no estaba usted muerta?

Socorro (*a Sócrates*) – ¿Por qué? ¿Parezco muerta?

Sócrates – No más de lo habitual...

Socorro – La gente tiende a exagerar siempre...

Mauricia – Pero la vi hace un rato cerca del taller, con su libro bajo el brazo. Solo que su brazo estaba de un lado de la carretera y el resto del cuerpo en varios pedazos al otro lado...

Socorro (*a Sócrates*) – Ah, su libro, hablando de eso... Le confieso que no pude meterme en él. Se me cayó de las manos después de tres páginas...

Sócrates – ¿Y quiere que se lo compre de vuelta?

Socorro – No, se lo di a un pobre hombre que pasaba por ahí. Parecía entusiasmarle, porque se puso a leerlo inmediatamente. Le dije que no era muy prudente leer mientras se camina por la calle, pero qué le va a hacer...

Mauricia – El tipo que se lo llevó el quitanieves, tiene que ser él.

Socorro – Me dijo que *El discurso del método* seguramente le ayudaría a reestructurarse...

Mauricia – Ahora, por lo que vi, parece más bien desestructurado.

Socorro – Bueno, esto no es todo, pero yo tengo que ir a hacer mi sopa.

Mauricia – Y yo la mía...

Se van. Sócrates recoge un poco su puesto y entra en la tienda. Entra Eva, justo cuando llega Carlos.

Eva – Entonces, ¿encontró el Centro Nacional de Investigación Científica?

Carlos – Sí, sí, gracias. Paseo Nostradamus, era ahí.

Eva – ¿Es usted científico, entonces?

Carlos – Al principio, sí... Trabajé mucho tiempo en la teoría del *Big Crunch*.

Eva – Debe de ser apasionante.

Carlos – ¿Sabe qué es?

Eva – No, pero no me atrevía a preguntarle para no parecer una tonta... El único *Crunch* que conozco es una marca de chocolate, pero imagino que no interesa al Centro Nacional de Investigación Científica.

Carlos – El *Big Crunch* es como el *Big Bang*, pero al revés.

Eva – Eso es extraordinario...

Carlos – Lamentablemente, es una teoría completamente obsoleta.

Eva – Lo siento mucho...

Carlos – Según las últimas investigaciones, parece que la velocidad de expansión del universo está en aceleración constante.

Eva – Tal vez se arregle, ¿no? En cualquier caso, si puedo hacer algo por usted...

Carlos – Ahora hago extras para la policía.

Eva – ¿La policía?

Carlos – La policía científica... Me pidieron identificar al autor original del universo en un caso de plagio...

Eva – ¡Eso es aún más fascinante!

Carlos – ¿De verdad lo cree?

Eva – No, lo decía solo para agradarle...

Carlos – Además, va en contra de todas mis convicciones... Siempre he combatido con vehemencia la tesis del creacionismo.

Eva – Lo entiendo...

Carlos – Bueno, me voy... Lamentablemente, tengo que volver al trabajo...

Eva – ¡Suerte con su investigación!

Carlos se marcha, desesperado. Entra Albán y se encuentra con Eva de frente.

Albán – ¡Ya lo recuerdo! ¡Eres la autora de *Rimas huérfanas*!

Eva – ¿Cómo lo sabes?

Albán – Sale tu foto en la contraportada.

Eva – Pensaba que nadie había leído ese libro...

Albán – Yo lo leí. Y al parecer no soy el único, porque tengo una cita aquí con alguien que quiere comprármelo a precio de oro. ¿Ve? Empieza a convertirte en un éxito...

Eva – ¿De verdad lo crees?

Albán – En cualquier caso, no mentía cuando te dije que ya te había visto antes...

Eva – Soy yo.

Albán – ¿Tú?

Eva – Soy yo quien quiere comprarte ese libro.

Albán – Pero, ¿por qué un autor querría comprar su propio libro?

Eva – Mi casa se hundió...

Albán – ¿Tu editorial, quieres decir?

Eva – Cuando uno se autoedita, es lo mismo...

Albán – ¿Y tu casa quebró?

Eva – ¡Se hundió! Vivía en una barcaza.

Albán – De acuerdo... Así que, un naufragio...

Eva – No tengo ningún ejemplar de ese libro. Al menos quería recuperar uno. Es una parte de mí misma, ¿entiendes?

Albán – Lo entiendo...

Eva – Entonces...

Albán – ¿Entonces qué?

Eva – ¿Me lo quieres vender?

Albán – Depende del precio...

Eva – Eres un caballero, ¿no vas a aprovecharte de la situación?

Albán – Yo creía que era un machista terrible...

Eva – ¿Cuánto pides por él?

Albán – Hace poco me ofrecieron un kilo de tomates.

Eva – ¿Y no te basta con eso?

Albán – Digamos que además exijo algo *sobre la mesa*.

Eva – Se dice *bajo la mesa*.

Albán – No en este caso. Te cambio este libro por una invitación a cenar. Podremos compartir este melón sobre una mesa.

Eva – La tuya, por ejemplo...

Albán – Tú misma acabas de decirme que ya no tienes casa... ¿Es un sí?

Eva – Me importa mucho recuperar este libro.

Albán – Y yo no pienso desprenderme de él fácilmente.

Eva – Muy bien. Lo hablamos mientras comemos melón.

Albán toma un melón del puesto y se marchan juntos. Sócrates sale de su tienda.

Sócrates – El amor, siempre el amor...

Llegan el comisario Sánchez y su ayudante Ramírez.

Sánchez – ¿Lo dice por nosotros?

Sócrates – Entonces, comisario, ¿cómo avanza esta investigación?

Sánchez – El caso está resuelto.

Ramírez – Hemos encontrado al fugitivo.

Sánchez – Está muerto. Atropellado por una máquina quitanieves averiada.

Ramírez – La autopsia determinó que era un travesti que se hacía llamar Socorro.

Sánchez – Tenía esto en la mano. (*Sánchez le muestra a Sócrates El discurso del método.*) ¿No vendrá esto de aquí, por casualidad?

Ramírez – Como el puerro...

Sócrates – *El discurso del método...*

Ramírez – Como para demostrar que se puede ser criminal y filósofo a la vez.

Sócrates – Eso también vale en sentido contrario. La filosofía suele ser una estafa intelectual...

Vuelve Socorro, alterada.

Socorro – ¡Oh, Dios mío, comisario, qué suerte encontrarle! He perdido a mi perro...

Sánchez – Bueno, normalmente no es el tipo de desaparición que corresponde a la Policía Nacional.

Socorro – Por favor, comisario... Sé que usted es amigo de los animales.

Ramírez – ¿De qué color es su perro?

Socorro – Naranja.

Ramírez – ¿Naranja? ¿Quiere decir que llevaba un abrigo naranja?

Socorro – ¡¿Un abrigo?! ¡En esta temporada! Qué idea más rara...

Ramírez – Hemos visto de todo, créame...

Socorro – No, es el pelaje de mi perro lo que es naranja.

Sánchez – Entonces, ¿le hace usted tintes?

Socorro – ¡Claro que no! ¿Qué le hace pensar eso? ¡Es su color natural!

Sócrates – ¿Puedo hacerle una pregunta, comisario?

Sánchez – Por favor. Si sirve para hacer avanzar nuestra investigación...

Sócrates – Señora, ¿de qué color diría usted que es el cabello del señor comisario?

Socorro – Pues violeta, obviamente.

Sócrates – Creo que he resuelto este misterio, comisario.

Socorro – ¡Pero eso no me devuelve a mi perro!

Sánchez – Ramírez, encárguese de este asunto, por favor.

Ramírez (*marchándose con Socorro*) – ¿Cómo se llama su perro, señora?

Sócrates – Parece que algo le preocupa, comisario.

Sánchez – Estoy investigando un caso enorme... Se lo digo bajo secreto profesional... Y solo porque tengo especial aprecio por los portugueses.

Sócrates – Guardaré el secreto como una tumba, se lo prometo.

Sánchez – Se trata de un caso de plagio.

Sócrates – ¿De uno de mis libros?

Sánchez – Sí, entre otras cosas...

Sócrates – ¿Entre otras?

Sánchez – También de sus productos frescos...

Sócrates – ¿Un plagio relacionado con frutas y verduras?

Sánchez – Le dije que era un caso enorme... Agárrese bien: este plagio abarcaría la totalidad del universo.

Sócrates – ¿No?

Sánchez – Todo esto no sería más que una gigantesca falsificación.

Sócrates – ¿Y es el autor de la obra original quien ha presentado la denuncia?

Sánchez – ¿El autor? También lo estamos buscando, fíjese. Hemos puesto a la policía científica a trabajar en ello.

Sócrates – Es increíble, de verdad... ¿Y qué les hizo sospechar, Comisario?

Sánchez – Una vez más, todo lo que le digo es información clasificada como confidencial. Pero sé que puedo contar con su discreción, ¿verdad?

Sócrates – Por supuesto...

Sánchez – El Ministerio de Defensa nos acaba de informar de la presencia en la región de un unicornio errante...

Sócrates – ¿Un unicornio?

Sánchez – Al parecer, se escapó de la manada...

Ramírez regresa y escucha el final de la conversación.

Ramírez – Comprenderá que un mundo en el que rebaños de unicornios andan libres no puede ser más que una falsificación...

Sócrates – Evidentemente.

Sánchez – A menos que...

Sócrates – ¿Sí?

Sánchez – ¿A su parecer, qué explicación tiene que esa señora, que perdió a su perro, vea la vida tan llena de colores?

Ramírez – Tal vez sea daltónica...

Sánchez – O quizá haya ingerido alguna sustancia alucinógena... ¿Me permite echar un vistazo a su tienda? Me gustan los champiñones, y uno de mis informantes me dijo que los suyos son... de los fuertes.

Sócrates – Por favor, adelante, después de usted...

Entran en la tienda. Eva y Albán vuelven a pasar y se detienen.

Eva – Su melón estaba delicioso.

Albán – Es un melón de la región.

Eva – Bueno... Gracias por la invitación... y por el libro.

Albán – Me encantaron sus *Rimas Huérfanas*.

Eva – Sin embargo, solo vendí tres ejemplares. Y sospecho que mi madre compró los tres. Antes de revenderlos para hacer hervir la olla.

Albán – Así que se puede tener madre y escribir rimas huérfanas.

Eva – A menos que muramos antes que nuestros padres, todos estamos destinados a convertirnos en huérfanos tarde o temprano, ¿no?

Albán – Por eso, supongo, buscamos nuestra alma gemela... Con la esperanza de que no muera antes que nosotros.

Se alejan cogidos de la mano, sonriendo como tontos. Sánchez y Ramírez salen con Sócrates, esposado.

Sánchez – Hongos prohibidos en su almacén, y un arma en su caja registradora...

Sócrates – Si le dijera que le quité el revólver a un chico para evitar que hiciera tonterías, no me creería.

Ramírez – ¿Sabe lo que se arriesga?

Sócrates – ¿Va a condenarme a beber cicuta?

Sánchez – ¿Qué es eso?

Sócrates – Un veneno. El que tuvo que beber Sócrates, el padre de la filosofía, tras su condena.

Ramírez – ¿Y de qué se le acusaba?

Sócrates – De impiedad y de corromper a la juventud... Podría haber escapado de la muerte fugándose, pero prefirió aceptar su sentencia, para demostrar que la sumisión a la ley es el fundamento de la justicia.

Sánchez – Una actitud un poco colaboracionista, en efecto, pero no soy yo, como policía, quien va a predicar la desobediencia civil...

Sócrates – Desde el principio, el gusano estaba en la fruta de la filosofía. Sócrates ya se creía Jesucristo...

Sánchez – Ese gusto por el sacrificio ostentoso, al menos, les ha permitido alcanzar cierta forma de celebridad.

Sócrates – A los hombres siempre les han encantado los mártires. Tienen uno para cada día del calendario. ¿Sabe por qué va a quitarme estas esposas?

Sánchez – Ni siquiera sabía que lo iba a hacer.

Sócrates – Lo hará, créame.

Sánchez – ¿Para no convertirle en un mártir?

Sócrates – Porque usted no es un verdadero comisario de policía.

Sánchez – ¿De verdad?

Sócrates – No más que yo soy un tendero o un librero.

Sánchez – ¿Y qué le hace pensar que no soy comisario?

Sócrates – Usted mismo me dijo que el mundo entero era una falsificación... Por lo tanto, usted también, que lleva esta investigación, no puede ser un verdadero policía.

Sánchez – Es un razonamiento que tiene lógica.

Sócrates – Además, ayer fui al teatro y ya hacía usted de comisario.

Sánchez – Es mi papel habitual, por lo visto.

Ramírez – Y el segundo rol, ¿qué le parece?

Sócrates – Pésimo también...

Ramírez quita las esposas a Sócrates.

Sánchez – De todas formas, no eran unas esposas de verdad.

Ramírez (*mirando al público*) – ¿Cree que nos tirarán tomates?

Sócrates – Eso espero... Necesito renovar mi stock de frutas y verduras...

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martínez en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa
Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin
consecuencias
Un pequeño paso para una
mujer, un salto hacia atrás para
la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin
del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no
Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los suegros ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del
Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de
Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco
chiquitito
Milagro en el Convento de
Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a
la fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un sueño de casa

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de Escena
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Diciembre de 2024

ISBN 978-2-38602-290-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.